



Anna McPartlin

Los últimos
días de
Rabbit
Hayes



Una bellísima historia sobre la vida
misma, tan emotiva como las novelas
de Jojo Moyes y tan divertida como
las historias de Cecilia Ahern.

Los últimos días de Rabbit Hayes

Anna McPartlin

Traducción de Julia Osuna Aguilar

Rocaeditorial

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE RABBIT HAYES

Anna McPartlin

Rabbit Hayes ama su vida, normal y corriente como es, y también ama a la gente extraordinaria que hace que esta vida sea aún mejor. Ama a su ingobernable y vital familia: a su hija Juliet y a Johnny Faye, ambos con un corazón de oro.

Pero el mundo parece tener otros planes para Rabbit, y ella lo aceptará sin más; porque Rabbit también tiene planes para el mundo, y solo tendrá unos cuantos días, los últimos de su vida, para hacer que estos sucedan.

Una cuenta atrás en la que encontraremos una verdad que no olvidaremos nunca. Una historia que nos hace sonreír ante las adversidades y las sorpresas que nos depara la vida, y que nos invita a encontrar la alegría en cada momento.

ACERCA DEL AUTOR

Anna McPartlin nació en Dublín e inició su carrera como escritora en 2006. Con cinco novelas a sus espaldas, entre las que destacan *Somewhere Inside of Happy* y *Los últimos días de Rabbit Hayes*, empezó a trabajar como monologuista. Vive en Wicklow (Irlanda) con su marido.

ACERCA DE LA OBRA

«El libro más bello que he leído en muchos años; compasivo, valiente, cálido, auténtico. Te eleva.»

Marian Keyes

«Qué libro más hermoso. Lloraba y sonreía a la vez.»

Jane Green

«Una prosa clara y elegante, unos personajes combativos y un diálogo chispeante.»

Susan Elliot Wright

«Una encantadora montaña rusa de emociones.»

Sunday Independent

«Compra una caja de pañuelos y sumérgete en esta novela maravillosa.»

Heat Magazine

Contenido

Portadilla

Acerca del autor

Dedicatoria

El blog de Rabbit Hayes

Primer día

1

2

Segundo día

3

4

El blog de Rabbit Hayes

Tercer día

5

6

Cuarto día

7

8

El blog de Rabbit Hayes

Quinto día

9

10

Sexto día

11

12

El blog de Rabbit Hayes

Séptimo día

13

14

Octavo día

15

16

El blog de Rabbit Hayes

Noveno día

17

Agradecimientos

Créditos

Queridos lectores:

La inspiración para este libro la he encontrado en mi divertida y valiente madre, en un fantástico grupo de música y su trágica pérdida, en las familias que te apoyan y te quieren y en las amistades duraderas.

Se lo dedico a mis suegros, Terry y Don McPartlin, por su amor, su apoyo, su bondad, su afecto y su sabiduría. Y lo he escrito en memoria de una estrella del rock y de dos madres amorosas.

Espero que disfrutéis leyéndolo tanto como yo escribiéndolo.

Con mis mejores deseos,

Anna McPartlin

El blog de Rabbit Hayes

1 de septiembre de 2009

DEFCON 1

Hoy me han diagnosticado cáncer de mama. Aunque tendría que estar aterrada, siento una extraña euforia. Evidentemente, no me alegra tener cáncer, ni que me vayan a quitar el pecho, pero me recuerda lo bien que vivo. Me encanta mi vida. Quiero a mi familia, a mis amigos, mi trabajo y, sobre todo, a mi pequeñaja. La vida es dura para todos pero yo soy de las que tienen suerte. Lo superaré.

Pienso saltarme el miedo, la rabia y la tristeza para poner todas mis energías en esta lucha. Tomaré todos los tratamientos que me recomienden. Comeré bien. Leeré, escucharé y aprenderé todo lo que pueda sobre el tema. Haré lo que haga falta. Lo superaré.

Soy madre de una niña fuerte, divertida, tierna y hermosa. Mi deber es estar siempre para ella. La cuidaré mientras crezca. La ayudaré durante los incómodos años de la adolescencia. Estaré con ella en cada arañazo y cada pelea. La ayudaré con las tareas, apoyaré sus sueños. Si se casa, la llevaré hasta el altar. Si tiene hijos, les haré de canguro. No pienso defraudarla. Voy a pelear, a pelear, pelear, y luego pelearé, pelearé y pelearé un poco más.

Soy una Hayes y prometo aquí y ahora, con hasta el último gramo de amor y fuerza de mi cuerpo, que lo superaré.

Primer día

1

Rabbit

Fuera sonaba música pop, un niño chillaba risueño y un barbudo bailaba una jiga con un cartel que decía camina con Jesús en las manos. Rabbit sentía la calidez del asiento de cuero contra la piel. El coche avanzó como parte de una corriente lenta y estable de tráfico que serpenteaba por la ciudad. *Hace buen día*, pensó Rabbit, que se sumió entonces en la modorra.

Su madre, Molly, apartó la vista de la carretera para mirarla y desplazó una mano del volante a la mantita que le cubría el cuerpo delgado y frágil para taparla mejor. Después le acarició la cabeza rapada casi al cero.

—No va a pasar nada, Rabbit —le susurró—. Ma lo arreglaré todo.

Era un luminoso día de abril, y Mia *Rabbit*¹ Hayes, de cuarenta años, la amada hija de Molly y Jack, hermana de Grace y Davey, madre de Juliet, de doce años, la mejor amiga de Marjorie Shaw y el único amor verdadero de Johnny Faye, iba camino de una clínica de cuidados paliativos para morir.

Al llegar a su destino, Molly detuvo el coche lentamente. Apagó el motor, echó el freno de mano y aguardó unos instantes, con la vista puesta en la puerta que llevaba a lo indeseado y lo desconocido. Su hija seguía dormida, y no quería despertarla porque, en cuanto lo hiciera, el terrible y breve futuro que las esperaba se convertiría en el presente. Pensó en seguir conduciendo pero no tenía adonde ir: estaba atrapada.

—Mierda —susurró y agarró con fuerza el volante—. Me cago en la mierda de mierda mierdosa en vinagre. Valiente puta mierda.

Molly tenía el corazón hecho añicos, no podía ser de otra forma ya, pero estaba desperdigando los trozos con cada «mierda» que le salía

por la boca.

—¿Quieres seguir conduciendo? —le preguntó Rabbit, quien sin embargo seguía con los ojos cerrados cuando su madre la miró.

—No, solo quería cagarme en todo un rato.

—Buen trabajo.

—Gracias.

—Me ha gustado especialmente lo de «mierda mierdosa en vinagre».

—Me ha salido del alma —contestó.

—Yo la utilizaría a menudo —dijo Rabbit.

—¿Tú crees? —Fingió considerar la cuestión mientras volvía a poner la mano en la cabeza de su hija para acariciarla de nuevo.

Rabbit abrió los ojos lentamente.

—Estás obsesionada con mi cabeza.

—Es suave —musitó Molly.

—Pues venga, no te cortes, frótala otra vez a ver si te da suerte. — Rabbit volvió la vista hacia la puerta doble. *Conque esto es*, pensó.

Molly volvió a frotarle la cabeza pero su hija le apartó entonces la mano y la cogió entre las suyas. Se quedaron mirando los dedos entrelazados de ambas. Las manos de la hija parecían más viejas que las de la madre. Tenía la piel llena de escamas y fina como el papel, surcada de venas hinchadas y resaltadas, y sus antes tan hermosos dedos largos se le habían quedado tan delgados que parecían casi retorcidos. Los de la madre eran gruesos y suaves, con uñas cortas y pintadas con esmero, muy cuidadas.

—Ahora o nunca —dijo Rabbit.

—Voy a por una silla de ruedas.

—Ni se te ocurra.

—Imposible.

—Ma.

—Imposible.

—Ma, pienso entrar andando.

—Rabbit Hayes, tienes la pierna rota, puñetas. No vas a entrar andando.

—Tengo un bastón y te tengo a ti, así que voy a entrar andando.

Molly soltó un suspiro hondo.

—Vale, tú verás. Como te caigas, juro por Dios que...

—¿Me matas? —Rabbit sonrió socarrona.

—No tiene gracia.

—¿Ni un poquito?

—Ni puta gracia —respondió Molly.

Rabbit tuvo que reírse: las palabrotas de su madre disgustaban a muchos, pero a ella le parecían entretenidas, familiares y reconfortantes. Era una persona buena, generosa, divertida, pícara, lista, fuerte e increíble. Habría sido capaz de ponerse delante de una bala para proteger a un inocente, y nadie, ni el más alto, ni el más fuerte ni el más valiente se metía con Molly Hayes. No aguantaba tonterías de nadie y le importaba un huevo agradar a la gente. Si no te caía bien Molly Hayes, podían darte por culo. Su madre bajó del coche y, después de sacar de atrás el bastón, abrió la puerta del acompañante y ayudó a su hija a ponerse en pie. Rabbit enfiló por las puertas dobles y, con la ayuda de su madre y el bastón, llegó a paso lento y estable hasta la recepción. *Si puedo entrar por mi propio pie, tal vez pueda salir por mi propio pie. Quién sabe...*

Una vez dentro, repasaron con la mirada las alfombras mullidas, la madera oscura, las bonitas lámparas Tiffany, el mobiliario de líneas suaves y la estantería llena de libros y revistas.

—Es bonito —dijo Molly.

—Parece más un hotel que un hospital —añadió Rabbit.

—Ya ves. —Su madre asintió con la cabeza. *Tranquila, Molly.*

—Ni siquiera huele a hospital.

—Gracias a Dios.

—Ya ves —coincidió Rabbit—. Eso sí que no voy a echarlo de menos.

Fueron a paso lento hasta una mujer rubia de pelo corto con una sonrisa de mil dientes a lo Tom Cruise.

—Usted debe de ser Mia Hayes.

—Todo el mundo me llama Rabbit.

La sonrisa se acentuó y la mujer asintió.

—Bonito nombre. Yo soy Fiona. Voy a enseñarte tu habitación y luego llamaré a una enfermera para que te ayude a instalarte.

—Gracias, Fiona.

—Un placer, Rabbit.

Molly no dijo nada; estaba haciendo lo que podía por no perder la compostura: *No pasa nada, Molls. No llores, ya está bien de llantos, límitate a fingir que está todo divinamente, fíjate cómo lo hacen ellas. Venga, vieja loca, haz de tripas corazón, por Rabbit. Todo saldrá bien. Ya encontraremos la manera. Hazlo por tu pequeña.*

La habitación era luminosa y acogedora, amueblada con una cama inmaculada, un sofá blando y un sillón reclinable. La ventana, de gran tamaño, daba a un jardín muy frondoso. Fiona ayudó a Rabbit a acomodarse en la cama y, en un intento por eludir el momento, Molly fingió inspeccionar el baño. Cerró la puerta tras ella y respiró hondo varias veces. Se maldijo por haber insistido en trasladar a Rabbit del hospital a la clínica de cuidados paliativos. Su marido no había dicho nada desde que le habían dado la noticia del fallecimiento inminente de Rabbit. Él necesitaba armarse de valor; todavía no tenía el estómago hecho, y su hija no podía estar preocupándose de nadie que no fuera ella misma. Grace había querido ayudar pero su madre había sido categórica: «Dejaos de historias, lo que necesita es descansar y recuperarse», había dicho rotundamente, para sí misma y para quien quisiera escucharla. *Vieja estúpida. Tendrían que estar aquí.*

—¿Estás bien, ma? —le preguntó Rabbit al otro lado de la puerta.

—Estupendamente, cielo. Santo Dios, el baño es más grande que la cocina de Nana Mulvey. ¿Te acuerdas? —le preguntó, aunque notó que le temblaba la voz y esperó que Rabbit, con lo cansada que estaba, no se percatara.

—Murió hace mil años, ma.

—Cierto, y ella venía muchas más veces a casa que nosotros a la suya.

—Pero ¿está bien el baño entonces? —preguntó Rabbit.

Molly supo que su hija era consciente de su esfuerzo, y eso le dio el empujón que necesitaba para recobrar la compostura.

—Sí, sí, y tanto —dijo saliendo por fin—. Una bañera como para ahogarse dentro.

—Lo recordaré por si la cosa se pone fea. —Rabbit rio.

Hacía tiempo que había aceptado que su madre era de esas personas que, si tienen la oportunidad, dicen lo más inapropiado en el momento más inoportuno, siempre sin falta. Había coleccionado innumerables ejemplos pero uno de los favoritos de Rabbit tenía ya sus años: una vecina algo mayor que tenía una mano protésica le preguntó a Mo-

lly cómo estaba llevando la muerte de su madre, y esta no tuvo otra cosa que responder: «Para qué te voy a mentir, Jean, ha sido como perder el brazo derecho».

En cuanto Rabbit estuvo instalada, Fiona las dejó a solas. Había venido en bata y camisón a pesar de que en un principio pensó en vestirse de calle. Su madre le había llevado al hospital unos pantalones de punto anchos y un jersey de algodón con cuello de pico pero, en cuanto terminó con el especialista, recogió las medicinas de la farmacia y le dieron oficialmente el alta, Rabbit estaba demasiado cansada para cambiarse. «Total, solo voy de cama en cama», dijo.

«Sí, tiene más sentido que te quedes como estás», coincidió Molly, por mucho que en realidad no le viese ninguno. Era todo un sinsentido. Tenía ganas de gritar, chillar y echar pestes contra el mundo. Quería destruir, volcar un coche, incendiar una iglesia y armar una buena. *Ojalá estuviera solo un cinco por ciento más loca*, pensó. Molly Hayes no estaba en su sano juicio.

El día anterior un oncólogo la había sentado junto con su marido Jack en una pequeña sala amarilla que olía a gel antibacteriano. Cuando estuvieron acomodados en sus asientos, los machacó con una sola frase: «El pronóstico ha pasado de varios meses a pocas semanas». Se hizo un silencio aplastante en la estancia, mientras Molly se quedaba mirando la cara del hombre, esperando un «pero» que nunca llegó, y Jack permanecía inmóvil, como si la vida le hubiera abandonado y estuviera convirtiéndose lentamente en piedra. Ella no intentó discutir. Lo único que le salió fue un «gracias» cuando el oncólogo les gestionó una cama en la clínica para Rabbit. Sintió el peso de la mirada de Jack, como si su mujer estuviera desapareciendo ante sus ojos y se preguntara cómo iba a surcar la nueva realidad sin ella. *Déjame tiempo para que piense, hombre*. No tenían preguntas... O al menos ninguna que pudieran responderles aquel hombre.

El silencio permitió que Molly hiciera algunas cábalas por su cuenta. Era hora de replegarse: debía armarse con más información y fraguar un plan, empezar otra conversación. No pensaba rendirse, de ninguna manera. Podía ser que Rabbit Hayes estuviera muriéndose pero no iba a morir porque su madre encontraría la forma de salvarla. Y no lo hablaría, lo haría directamente. Mientras tanto seguiría la corriente. Iban contra reloj: Rabbit se les estaba yendo. No había tiempo para charlas.

Quedarse callada no era propio de Molly, a la que le gustaba hablar y pelear las cosas hasta el final, incluso cuando sabía que no recibiría ni

una conclusión ni una respuesta. En los primeros días tras el diagnóstico, se había obligado a bajar en más de una ocasión a la iglesia para poner a Dios a parir. Preparada para no recibir respuesta, había hecho un montón de preguntas, blandiendo el puño hacia el altar y, en una ocasión, incluso haciéndole un corte de mangas a una talla del niño Jesús.

—¿Ahora qué, eh, Dios? —había chillado en la iglesia vacía de su barrio, hacía un año, cuando a su hija se le había reproducido el cáncer en el pecho derecho y se le había extendido al hígado—. ¿Qué quieres, el otro pecho? Cógelo, cabrón avaricioso, pero ni se te ocurra llevarte a mi niña. ¿Me oyes, so...?

—Ah, estás aquí, Molly.

El padre Frank había aparecido de la nada y había ido a sentarse a su lado. Se frotó la rodilla mala y se llevó la mano al pelo cano, antes de arrodillarse e inclinarse sobre el banco. Ella se quedó en el sitio. El cura miró hacia delante sin decir nada.

—Ahora no —había dicho ella.

—Lo he oído.

—Y...

—Estás enfadada y le has hecho un corte de mangas al niño Jesús. —Sacudió la cabeza.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Molly, entre sorprendida e incómoda.

—La hermana Veronica estaba sacándole brillo al tabernáculo.

—No la he visto.

—Es que es como una ninja. —El cura se frotó la cabeza, y Molly se preguntó si estaría con una de sus migrañas... tenía jaquecas terribles—. Mira, lo entiendo —dijo en un tono más serio.

—No, Frank, no lo entiendes.

—Mi madre murió de cáncer.

—Cuando tenía noventa y dos años.

—El amor es el amor, Molly.

—No, no es verdad, y si tuvieras amor en tu vida, en lugar de simplemente predicarlo, lo entenderías. Nunca has sido ni marido ni padre, así que, por el amor de Dios, Frank, de toda la gente que ha intentado consolarme, tú eres el menos indicado.

—Si así lo crees...